

La fidelidad

Emilio Ruiz Malo
Universidad de Piura

La fidelidad es hoy una virtud que se valora erróneamente y, por tanto, es puesta en entredicho. Pienso que esta postura –en determinados ámbitos mayoritaria– se toma por dos razones: una, porque se ve como la limitación a la pretensión de una autonomía personal absoluta; otra, porque el ser fiel –lo que conlleva el para siempre– se ve como algo bueno pero imposible de realizar (utópico). Por ello, me ha parecido interesante hacer un breve estudio sobre la fidelidad para tener una visión de esta virtud más verdadera y enriquecedora. Para hacer este estudio he partido de una visión personalista (Nedoncelle y Thibon) que trato de complementar con la postura clásica (S. Tomás de Aquino).

La naturaleza de la fidelidad

a) La fidelidad surge de la adhesión a un valor.

Nadie puede ser fiel si no está adherido a una convicción o, dicho con otras palabras, sino tiene fe en un valor: en algo excelente que se prefiere, que se elige.

Ahora bien, ese valor al que nos adherimos no es un valor abstracto o creado por nosotros; el descubrimiento de un valor va siempre unido a un ser concreto: la belleza de una catedral está unida a esa estructura de piedra, la verdad de Aristóteles está unida a la filosofía aristotélica.

Esto es así, y no puede ser de otro modo, porque lo que estamos llamando valor hace referencia a toda perfección real o posible que procede de las cosas (naturaleza) y que se apoya en el ser de lo que es real¹. Por ello, los valores auténticos surgen de las relaciones establecidas entre las personas y con las cosas. Por tanto, «ser fiel a un valor en la práctica consiste en ser fiel a un ser».²

¹ Cfr. LÓPEZ DE LLERGO A. T., *Valores, valoraciones y virtudes*, en <http://www.unav.es/tmoral/virtudesyvalores/index20.htm>.

² NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, Palabra, Madrid 2002, p. 45.

Si esto es así –que lo es–, necesariamente el descubrimiento del valor se produce cuando la persona es capaz de hacer una valoración de la realidad; cuando capta y es capaz de expresar a su manera la perfección de la realidad. Hacer una valoración es, pues, «el proceso subjetivo y personal de captar las perfecciones que se apoyan en el ser del ente y que se originan en la razón de ser de los entes».³ Los valores no necesitan ser captados para valer; sin embargo, es necesario captarlos para que se produzca la valoración. La valoración lo que hace es que la perfección real sea estimable para el que la percibe de manera que se constituye en un fin asumido por el propio sujeto.⁴

Por tanto, cualquier valor que elijamos tiene dos dimensiones: una objetiva (valor contemplado) y otra subjetiva (valor vivido). Sólo puedo ser fiel cuando tengo constancia de un valor (que es algo que vale) y lo es para mí (quiero vivir ese valor porque me enriquece, me hace feliz). Sólo entonces quiero perpetuarlo. Es decir, descubro el valor, ratifico el valor y entonces, sólo entonces, estoy decidido a mantener el valor en el futuro.⁵ Se puede decir, que el «valor es la percepción de algún bien; es decir, valor es el bien en cuanto apetecido. Valor es el *transcendental bonum* cuando éste es tomado como objeto, cuando coimplica una subjetividad ante la cual la cosa buena se hace valer»⁶

Además, el valor, lo que vale, por estar radicado en el ser,⁷ no vale hoy y mañana no. Los valores son inamovibles y universales. «Es precisamente la percepción del valor en su perennidad lo que despierta el compromiso propio de la fidelidad».⁸ «Esta sed de eternidad propio de la fidelidad es constitutivo de la misma».⁹ Puedo comprometerme con algo que sé que resistirá el paso del tiempo, y sé que cuanto más resista el paso del tiempo más vale la pena asumir ese valor. Es entonces, y, precisamente porque se cree en la permanencia y constancia del valor, cuando la fidelidad adquiere un carácter activo, porque la fidelidad se ha de esforzar por hacer presente de modo creativo el valor a lo largo del tiempo.

³ LÓPEZ DE LLERGO, A T., *Valores, valoraciones y virtudes...*

⁴ ODERO, J. M., *Ética de los valores y coherencia existencial*, en <http://arvo.net/filosofia-de-los-valores/etica-de-los-valores-y-coheren/gmx-niv596-con12361.htm>

⁵ Cfr. NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, pp. 36-37.

⁶ ODERO J, M., *Ética de los valores y coherencia existencial*, O.C.

⁷ Los valores no pueden ser meros “valores vitales”. Estos serán siempre subjetivos, emocionales, y nos harán perder el horizonte del autoperfeccionamiento o crecimiento vital del sujeto. Si el sujeto renuncia a investigar lo que puede hacerle mejor sólo se preocupa de atenerse a los objetos que le resultan hoy y ahora atractivos.

⁸ GARCÍA CUADRADO, J. A., *Fidelidad, libertad y tiempo* (Nota sobre la filosofía personalista de M. Nédoncelle), en <http://arvo.net/seccion-libertad/fidelidad-libertad-y-tiempo/gmx-niv572-con9332.htm>

⁹ GARCÍA CUADRADO, J. A., *Fidelidad, libertad y tiempo*, o.c.

Ser fiel supone, por tanto, permanencia en el valor que ha sido entrevisto. Y, ¿qué es, entonces, lo que pretendo al decidir ser fiel a un valor? La fidelidad, que procede de una decisión libre, aspira a la “supresión de la elección”. Comprometerme significa mostrar una libertad no débil o incierta. No escojo para seguir escogiendo «sino para no volver a hacerlo, para que mi única tarea sea inventar lo mejor del bien»¹⁰.

La fidelidad, por tanto, no puede ser otra cosa que unirse a los diversos seres y conservar su presencia. Teniendo en cuenta que deseo conservar su presencia porque es portadora de un valor. Así pues, no es la fidelidad la que crea el amor, «sino que el amor crea la fidelidad»¹¹.

La fidelidad es, pues, la «disposición a conservar la presencia de un ser en tanto que es depositario de un valor y en la medida que esa presencia depende de nuestro consentimiento»¹².

b) *El compromiso de la libertad.*

Como hemos afirmado, el valor siempre está unido a la presencia de un ser concreto; la fidelidad, por tanto, tiene que consistir en el propósito de mantener un valor,¹³ «de hacer explícito lo eterno a través del tiempo, lo inmutable a través de cambio». ¹⁴ Y esto sólo lo puedo hacer comprometiendo mi libertad.¹⁵

La fidelidad supone una victoria todavía no consumada completamente sobre el devenir temporal: victoria que implica un dominio sobre el tiempo cambiando sus ritmos. «La función de la fidelidad es precisamente invertir el tiempo para perfeccionar a la persona. Sustituye el movimiento a la deriva que nos impone la naturaleza, por una continuidad eterna y por la iniciativa irremplazable que nuestra vocación nos propone»¹⁶. La fidelidad reclama eternizar el valor. Por tanto, la fidelidad es un proyecto que tiene su raíz en el pasado, se actualiza en el presente y se eterniza en el futuro. La fidelidad, por tanto, se hace en el tiempo. «Cada vez que obro según mis promesas, realizo, por así decirlo, la recu-

¹⁰ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 83.

¹¹ THIBON, G., *La crisis moderna del amor*, Fontanella, Barcelona 1968, p. 38.

¹² NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., p. 50.

¹³ En este caso no sólo un valor que está prendido con alfileres sobre un ser, sino el ser que tiene un valor que constituye su fundamento.

¹⁴ THIBON, G., *La crisis moderna...*, o.c., p. 28.

¹⁵ Por ello toda infidelidad, considerada en su principio, supone una falsa concepción de la libertad: la de que el hombre no llega a ser el mismo más que si es libre y que su libertad consiste en ir cosechando causas. No nos creamos a nosotros mismos más que volviéndonos contra el universo y su principio, para situarnos, aparte de todo ser, en un ser que procede enteramente de nosotros. Auto afirmación egoísta.

¹⁶ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., p. 229.

peración de un valor eterno dilapidado en el tiempo»¹⁷. Por ello, se puede decir que, «en un sentido radical, ser fiel es prometer»¹⁸.

La promesa es un acto de la razón, a la cual pertenece ordenar, mandar. Por las promesas nos ordenamos a nosotros mismos lo que debemos hacer respecto a nosotros y a los demás.¹⁹ Por tanto, la promesa es una relación que une al que promete con aquel a quien se promete,²⁰ y puede darse de diversas maneras.²¹ Lo que habrá de común en todas estas situaciones es la razón de deber moral.²² La exigibilidad del cumplimiento de las promesas en virtud de una obligación de derecho natural que deriva de la honestidad moral u honorabilidad,²³ que permite expresar y realizar el mejor yo.

Por tanto, si el valor se realiza en el tiempo, se tiene que hacer virtud,²⁴ es decir, en un hábito operativo bueno²⁵ que disponga al hombre a mantener la palabra dada, a cumplir lo que ha prometido, hacer que sea verdad lo que ha afirmado.²⁶ Dicho de otro modo, en un hábito que permita establecer la conformidad entre lo que se dice y lo que se hace.²⁷

En este sentido podemos distinguir valor y virtud. «Un valor es una perfección interna, y en la persona, un principio u origen. En cambio las virtudes son valores que se van haciendo vida a lo largo de la existencia de cada ser humano. En este acontecer se logra la posesión estable de una actividad».²⁸

Las virtudes, pues, se enraízan en valores originarios que el ser trae en su misma naturaleza, o que por naturaleza puede desarrollar, y los

¹⁷ THIBON, G., *La crisis moderna*, p. 28.

¹⁸ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., p. 78. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. Th., II-II, q. 88, a. 3, c.

¹⁹ Cfr. S. Th., II-II, q. 80, a. 1, c.

²⁰ Cfr. S. Th., II-II, q. 88, a. 5, c.

²¹ Puede ser expresa o tácita. Puede ser con relación a Dios o al prójimo. Con relación a Dios, puede estar unida a un voto o juramento y así expresar un vínculo sagrado. Con relación al prójimo puede dirigirse al individuo o a una colectividad. Puede hacerse de modo más o menos solemne.

²² Distinto de la imposición de ley que es el objeto propio de la justicia.

²³ Cfr. S. Th., II-II, q. 88, a. 3, ad 1.

²⁴ Si lo propio de la virtud humana es hacer bueno al que la posee, todos sus actos deben tener una especial razón de bondad y requerirán una virtud especial que disponga a ello. Cfr. S. Th. II-II, q. 109, a. 2, c.

²⁵ Cfr. S. Th., I-II, q. 55, a. 3.

²⁶ La fidelidad, por la que se cumple la palabra dada está incluida en la verdad. Cfr. S. Th., II-II, q. 80, a. 1, ad 3.

²⁷ Así como la veracidad establece la conformidad entre las palabras o acciones y las realidades que expresan. Cfr. S. Th., II-II, q. 89, a. 9, c y q. 110, a. 3, ad 5.

²⁸ LÓPEZ DE LLERGO, A. T., *Valores, valoraciones y virtudes*.

desarrolla y enriquece.²⁹ Por ello, se puede decir, que toda persona vale por lo que es y asume valores que la motivan, pero la personalidad se enriquece con la adquisición de virtudes.

Y es entonces, cuando la perfección real percibida se constituye en un fin asumido por el sujeto, cuando surge el comportamiento ético. Cuando dichos fines se nos imponen, el sujeto se ve enfrentado a determinadas normas éticas de actuación.

Por tanto, podemos terminar afirmando que la fidelidad es una virtud que surge de la adhesión a un valor.

c) *Fidelidad a uno mismo*

En primera instancia uno se promete a sí mismo, se empeña por buscar la promoción del “mejor yo” posible, por alcanzar el más alto valor del yo personal.³⁰ «La promesa radical que hace el sujeto es la de ser libre»,³¹ es decir, responder al compromiso primordial del yo. «Escapar a toda esclavitud, a toda alienación, para vivir cerca de la propia esencia».³² A lo que me comprometo es a ser digno de mí mismo. «Lo que prometo moralmente es, ante todo, ser una oposición permanente a una manera de vivir que sería extraña a mis problemas y que me excusaría de existir o de poner mi marca sobre los acontecimientos que me empujan a actuar».³³

Pero no se puede llegar a ser lo que uno es, sin una renovación incesante y si no se inventa a través de las más cambiantes circunstancias ese “ser uno mismo”. La fidelidad por eso, no sólo es “creadora” sino también liberadora de la esclavitud de los caprichos instantáneos.

No se puede llegar a ser lo que uno es sin una renovación constante y si en las más diversas circunstancias no logro ser el mismo, es decir, fiel a mí mismo. Para ello tengo que mantener el pasado. La libertad quiere una permanencia. La libertad no es hacer lo que quiero aquí y ahora (presente), pues esto destruiría mi proyecto. La libertad sobrepasa lo instantáneo. Necesito ser fiel a mi yo que tiene su raíz en el pasado, se actualiza en el presente y se eterniza en el futuro. En cualquier promesa miro el mañana, pero lo hago con nostalgia del ayer, pues estoy convencido que

²⁹ Cfr. LÓPEZ DE LLERGO, A. T., *Valores, valoraciones y virtudes*.

³⁰ Tal vez lo que más desvalorice la fidelidad como virtud sea la pérdida de la percepción práctica de la acción fiel como bien de la persona. Como consecuencia, se tiende a juzgar que la conducta fiel es tenida como buena por fuerza de la conveniencia social o de una mera tradición, mientras se olvida que ser fiel, en cuanto acto de virtud moral, es algo que hace feliz a la persona, que contribuye al bien global de su vida.

³¹ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 78.

³² *Ibidem*, p. 78.

³³ *Ibidem*, p. 78.

algunas experiencias de las que he recibido la gracia y he vivido su perfección deben permanecer.³⁴

Esto se consigue: a) conservando la percepción del “mejor yo” (obediencia, llamada, don); b) manteniendo la obra de este yo (construcción, respuesta, trabajo).

d) *La fidelidad y los demás*

De las diversas relaciones que puedo establecer con los diversos seres la relación más auténtica y más rica es la que establezco con los otros, con otras personas: es la única relación que provoca la colaboración del otro (un ejemplo de esto es el trabajo en equipo). Cuando la fidelidad es recíproca es menos contingente, es alianza (siempre libre y, en consecuencia, frágil).

Y yo necesito esa colaboración. Yo no puedo separarme de los demás para realizar mi ideal. Mi relación con los demás es ocasión para valorizarme. Hasta puede llegar el momento en que necesite al otro, en que ya no pueda quererme sin quererlo. Uno para otro «son mucho más que una causa ocasional de su desarrollo, pues nos asociamos a un ser por una especie de sutura espiritual [...] Ya no nos constituimos solos; al ser fieles a nosotros mismos, también lo somos de golpe a un ser diferente del nuestro, que contribuye a constituir nuestra intimidad y nuestro ideal propio».³⁵

Según Santo Tomás, en la fidelidad del siervo a su señor el siervo encuentra su recompensa, porque halla en ella su bien. Es más, hace que la relación siervo-señor ya no se limite a un mero deber de justicia, sino que surja la amistad donde antes solamente había lazos serviles. Deben ser el uno para el otro como su alma, pues lo propio de los amigos es que sean las suyas un alma en el no querer y en el querer.³⁶

Ser fiel a otro quiere decir, por tanto: «1º Cuento contigo para valorizarme. 2º Me pongo a tu servicio».³⁷ Entonces nos unimos al ideal del yo y del tú. Siendo yo mismo (fiel a mi yo) me propongo ser fiel al valor que entreveo en ti y por ti y que nuestra unión me hace descubrir contigo.

³⁴ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 80.

³⁵ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 90.

³⁶ Cfr. *Super epistolam ad Philemonem lectura* [=Ad Phil.], n. 1. «Talis ergo servus debet haberi a domino, sicut amicus in affectu. Unde dicit sit tibi sicut anima tua. Hoc enim est proprium amicorum, ut eorum anima una sit in nolendo et volendo».

³⁷ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 92.

Por tanto, toda fidelidad verdadera implica un intercambio vivo. Es un intercambio en el cual las dos partes subordinan su interés recíproco a un interés común que los engloba y los supera.

Ser fiel es, pues, «sentirme ligado a ti por un mismo impulso hacia una misma realidad –vividida más que definida– que desborda hasta el infinito nuestros seres efímeros y limitados, y que es el fundamento y la esencia de nuestro amor».³⁸ «Si te amo de verdad, te seré fiel, no sólo porque me das esto a cambio de aquello, sino también porque creo en nuestro amor, porque creo en ti».³⁹

Por consiguiente, en mi fidelidad existe este olvido de sí y esta apertura al misterio que son constitutivos del acto de fe. Soy fiel porque con fe afirmo un absoluto, un objeto que los sentidos no alcanzan y que la inteligencia no es capaz de abarcar. Si uno no cree en nada, si no se adhiere vitalmente a nada, es que para él no hay realidad que merezca compromiso o sacrificio. El hombre que no es capaz de fe, no es capaz de fidelidad...

Pero, desde el momento en que yo acepto un compromiso sé, de antemano, que los seres y las circunstancias implicadas en él cambiarán, y en una medida que me resulta absolutamente imprevisible. Por tanto, «dar la fe a alguien equivale a decir: en tal dominio determinado, nuestros cambios futuros se insertan en la línea de esta promesa, que será entre nosotros lo que el cauce es para las aguas del río; ciertamente cambiaremos, pero nuestros cambios no traspasarán los límites fijados por nuestro contrato».⁴⁰

Es decir, cambiaremos las cosas, pero para mejorar, para comprender más el valor que hemos entrevisto, para comprometernos más con él. Por tanto, para que nuestro contrato permanezca vivo, se me imponen dos deberes. «En primer lugar, es necesario que adapte a nuestro amor los cambios que se operan en mí, de modo que mi fidelidad respecto a ti no conduzca a una ruptura en el interior de mí mismo, a una infidelidad hacia mí mismo que entrañaría más pronto o más tarde una ruptura entre nosotros o una constancia puramente formal, y, en los dos casos, la muerte del intercambio. Pero además, es necesario que adapte mi fidelidad a los cambios que se operan en ti, de modo que el bien que te quiero pueda coincidir con el bien que te falta. Si no, el intercambio morirá de la misma manera; es inútil continuar dándote lo que he prometido, si, debido a tu evolución interior, este don ya no responde a tus necesidades; ligándome

³⁸ THIBON, G., *La crisis moderna*, p. 45.

³⁹ *Ibidem*, p. 44.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 28-29.

a ti, yo sería sin duda “adherente”, pero no fiel». ⁴¹ En este sentido decimos que la fidelidad debe ser creativa, o creadora.

Materialmente, todo pasa y todo muere, y ningún contrato puede ser mantenido indefinidamente al pie de la letra. Ser fiel al espíritu de un compromiso es actuar de forma que se salve, a través del cambio que ocasionan las diversas circunstancias y el paso del tiempo, la posibilidad de intercambio. La fidelidad no es “aguantar” sino crear ante nuevas exigencias, nuevas posibilidades de intercambio.

Por mucho que cambien las cosas o las personas, los motivos de fidelidad no desaparecen si no desaparece el amor. Lo que nos lleva a ser infieles es el engaño, ⁴² aún mejor, el auto-engaño. La infidelidad suele estar basada en el derecho a la libre expansión de la personalidad. Veamos un ejemplo con el caso del divorcio. Se suele argumentar así: Es verdad que nos comprometimos, pero las circunstancias han cambiado, y nosotros con ellas. Ya no podemos ver el mundo bajo el mismo aspecto: el antiguo paisaje ha desaparecido y ahora cada uno estamos en un escenario diferente. Ahora nos damos cuenta de que nos habíamos comprometido en falso y que hemos sido decepcionados: no sabíamos lo que éramos en realidad, y lo que llegaríamos a ser al cabo de algunos años. Esto tiene parte de verdad, pero en el fondo es una mentira: es verdad que nosotros y las circunstancias cambian, pero también es verdad que, como hemos dicho, el amor no muere si no queremos nosotros, porque a nosotros nos corresponde mantenerlo en la vida. Y lo mantengo en vida con fidelidad, con una fidelidad creadora. Permaneciendo fiel, no solamente salvo mi amor, sino que mi constancia quizá llegará a crear en ellos una nueva alma, y así nuestra unión habrá aumentado en fuerza y pureza.

La organización de la fidelidad

El hombre que ha hecho una promesa sólo la podrá cumplir en el futuro. Su promesa en el presente es un deseo-propósito indeterminado (general) y a largo plazo y, por lo tanto, debe concretarlo en acciones determinadas y a corto plazo, que serán el medio que haga efectiva su resolución. Si yo me he propuesto ser abogado, ser fiel a esa promesa supone cumplirla en el futuro; pero sólo la podré cumplir en resoluciones determinadas (estudiando) y a corto plazo, es decir, teniendo un horario y cumpliéndolo hoy, ...y mañana, ...y mañana... Esta manera de ser de las cosas me está indicando que ser fiel hace necesario organizar la fidelidad.

⁴¹ *Ibidem*, p. 30.

⁴² La tentación del condicional en pasado es la más estéril de todas y no puede conducir más que a un desfallecimiento.

Pero el hombre no sólo hace una promesa (ser abogado), no sólo hace un «esfuerzo para conciliar en un mismo conjunto un cierto número de deseos o de valores»⁴³, el hombre para llevar a plenitud todas sus dimensiones constitutivas tiene que construir varios conjuntos de deseos o de valores (familia, amigos, iglesia, determinadas asociaciones...) que le van a exigir, igualmente, fidelidad. Esto hace que se multipliquen las fidelidades. A su vez, esto implica, en primer lugar, la redistribución de las responsabilidades (con los padres, con los hijos, con Dios, con mi responsabilidad laboral, con la asociación a la que pertenezco...), y, en segundo lugar, que hay que dar a cada una un carácter total “a su modo”.⁴⁴

Todo esto me vuelve a exigir organizar mis fidelidades. En primer lugar, si existen diversas realidades a las que he prometido ser fiel, y esto me exige a cada una un carácter total “a su modo”, me voy a encontrar con una dificultad no pequeña: que la vida es limitada⁴⁵, es decir, limitada por el tiempo y el espacio. No tengo todo el tiempo que quiero, ni puedo estar en dos sitios a la vez. Esto supone que muchas veces va a ser difícil que cumpla todas mis promesas, que viva una fidelidad creativa, que no me agobien mis compromisos... Esto lo vivimos, por ejemplo, cuando hacemos un agradecimiento evitando ser exhaustivos porque tal vez olvidaríamos a alguien que se sentiría ofendido porque no hemos tenido en cuenta nuestra –pequeña o grande– fidelidad con él, o, cuando vemos como algunos padres por dar todo a sus hijos se olvidan de sus hijos.

¿Cómo dar a cada uno su lugar? Necesito un manejo del espacio-tiempo poniéndolos, en la medida de lo posible, al servicio del espíritu. Esto se hace con constancia y perseverancia, pues, «la virtud de la perseverancia lo que propiamente hace es que el hombre permanezca en el bien a pesar y en contra de la dificultad que proviene de la larga duración del acto; en cambio, la constancia hace que permanezca firme en lo mismo contra la dificultad proveniente de todos los otros impedimentos externos.»⁴⁶. Es decir, según Santo Tomás, la constancia me permite vencer los obstáculos exteriores, mientras que la perseverancia es una victoria sobre el tiempo mismo, un esfuerzo que impide que el paso del tiempo lo derrumbe todo.

De este modo, con perseverancia y constancia, la fidelidad intenta, «darse porcentajes de presencia que corresponden a sus objetos preferidos»⁴⁷ o, dicho de otra manera, trata de darse tiempo para ser fiel a todas

⁴³ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 105.

⁴⁴ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 106.

⁴⁵ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, pp. 95-96.

⁴⁶ S. Th., II-II, q. 137, a. 3, co.

⁴⁷ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 98.

sus promesas y cumplir todos sus compromisos dado a cada uno "a su modo" el trato que merece.

En este sentido la técnica nos puede ayudar, pues, en parte, es un intento humano de acortar distancias y ahorrar tiempo (p. ejem.: cada uno está invitado a tener más amigos que nunca: Facebook; gracias al avión podemos recorrer grandes distancias en poco tiempo...).

Pero aunque se acorten las distancias y se multipliquen nuestras opciones el tiempo sigue siendo limitado y para poder aprovecharlo se impone un reparto de tareas, una clasificación de los objetos a los que debemos ser fieles según su importancia: mi cuerpo, mi espíritu, mi familia, mis amigos, mi trabajo, Dios... «Cada ser debe recibir la cantidad y la calidad de acción que corresponde a su lugar en el conjunto de mis obligaciones de fidelidad. Doy mucho a uno, un poco a otro, porque el orden de mis valores parece exigirlo».⁴⁸ Es decir, organizar la fidelidad es establecer prioridades.

Pero no es esta la única dificultad que nos exige organizar nuestra fidelidad. Además de las limitaciones espacio-temporales, están las limitaciones que nos impone nuestra finitud: «la vida es sucesión, presencia de algo que expulsa otras presencias».⁴⁹ Ahora tenemos, mañana no tenemos. La muerte nos priva de los que amamos, una quiebra nos deja sin recursos, un terremoto derriba nuestra casa... Sin embargo la vida reclama continuidad de sentimientos.

La herida del alma por la inconstancia de la vida es omnipresente en la literatura. Si leemos *El Conde de Montecristo* vemos a Edmundo Dantes que por una traición pierde todo lo que tiene, a lo que era fiel. Solo le queda morir (herida del alma) o sustituir las presencias a las que había sido fiel. Y hace esto. Organiza sus fidelidades en torno al deseo de venganza. Ahora será fiel al propósito de vengarse para hacer sufrir como él ha sufrido. Es en lo único que encuentra sentido.

Cuando surge un conflicto y hay que sustituir unas fidelidades por otras es cuando la fidelidad necesita ser más organizada, cuando necesita un plan especial. No es difícil que en la reestructuración de fidelidades que nos impone la sucesión de la vida nuestros planes de emergencia nos lleven a hacer de la fidelidad una pura creación de espíritu, es decir, que sustituyamos unas fidelidades por otras engañándonos a nosotros mismos al ser seducidos por el egoísmo o redireccionados por la cobardía. Cuando esto ocurre la existencia ya no es auténtica, sino que estará marcada por la evasión o por la hipocresía.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 99.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 93.

Si solapo fidelidades incompatibles (hacer compatible a Dios y al dinero), seré un hipócrita. Si niego una fidelidad que ha existido hasta hoy como viable (mi matrimonio no da para más) estoy negando que se pueda ser fiel y, por lo tanto, estoy siendo egoísta o cobarde, me estoy evadiendo (estaría dispuesto a ser fiel si no me costará tanto o si obtuviera más gratificaciones). Si no existe la fuerza de sacrificarse por amor, lo que se debería hacer es confesar la flaqueza, pero nunca ponerla como modelo.

También puede suceder que yo no sea el culpable de la desaparición de un conjunto de valores: una situación límite (ingreso en un campo de concentración, una enfermedad, la muerte de un ser querido,...) o no tan límite (un insulto, una mala jugada...). Entonces, se caen las máscaras y se toca fondo y aparece el fondo del ser, el verdadero estado del sujeto se siente decepcionado (traicionado) y debe reorganizar su fidelidades.

Después de todo lo dicho, aparece como un hecho de experiencia, que a pesar de proponerme la organización espacio-temporal de mis fidelidades, muchas veces fallo. También es experimentable –a pesar de nuestra buena intención–, la falta de perseverancia y constancia el nuestras promesas. Y, por último, también la experiencia nos enseña cómo la vida nos lleva muchas veces por donde no queremos. Todos los «procedimientos o subterfugios experimentales de la naturaleza prueban que el ser humano no puede ejecutar su voto de fidelidad sólo con las fuerzas de su ingenio privado»⁵⁰. Al individuo le hace falta un vigilante para sus propias faltas y un ayudante para asistir sus carencias.

Todos hemos experimentado que no podemos ser fieles en todos los frentes de nuestra existencia con nuestras propias fuerzas. Sabemos que debemos buscar un seguro contra nosotros mismos o una ayuda cuando las circunstancias nos superan. Una de las formas de asegurarnos la fidelidad es buscar el apoyo social; someternos al control y las sanciones de nuestros semejantes. La forma más importante en que esto se muestra es el contrato, entendido como un compromiso recíproco.⁵¹

Pero estos auxiliares sociales aunque nos pueden ayudar a ser fieles no tienen éxito completo. El contrato paraliza el yo moral. «La identidad personal que puede favorecer (“soy un hombre que cumple sus contratos”, “soy un propietario respetable”, “soy un subordinado concienzudo”, etc.) no es más que una caricatura de la identidad verdadera, la que resulta de una fidelidad a la vocación total. El contrato sólo es válido en cuanto auxiliar y expresión de la fidelidad interior».⁵²

⁵⁰ *Ibidem*, p. 112.

⁵¹ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 114.

⁵² NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 124.

Insatisfecha en el orden social la voluntad fiel debe intentar realizarse en un nivel más alto que la tierra, es decir, en un orden trascendente.

Fundamento religioso de la fidelidad

Sólo asumiendo una perspectiva religiosa puedo ser auténticamente fiel. Y esto es así por dos motivos:

a) Solo podremos salir de nuestro egoísmo –muchas veces cobarde– y evitar la hipocresía si tomamos conciencia del valor que las cosas tienen recibido de Dios. Dios «hace que, sin poner nuestro centro en la materia o en nosotros o en cualquier otra cosa, sin poder tampoco ver directamente el Centro divino como un objeto entre los objetos, veamos iluminarse a los objetos cuando los miramos con la luz de la fe. En ellos y en los acontecimientos de su historia, leemos una intimidad metahistórica, un sentido metafísico». ⁵³ Entonces es cuando comprendemos que entre todas las cosas hay una cierta unidad de sentido. «Dios es quien ilumina desde dentro las criaturas y aparece en el seno de los valores como un principio vivo e inaccesible de su unidad. No podemos ir hacia Él más que a través de tareas terrestres y no es incompatible con ellas, ya que las funda». ⁵⁴ «Entre esta finalidad y nuestra condición presente, la fidelidad es mediadora». ⁵⁵

Sólo en la perspectiva religiosa nuestra conciencia puede producir esa unidad cuando comprende que sólo podemos ser fieles a Dios a través de todas las demás fidelidades ⁵⁶. Somos fieles en la medida que sepamos crear «una conciencia de la unidad que todas las cosas reciben en Dios». ⁵⁷ Sólo, entonces, Dios se convierte en el inspirador del orden ético y el objeto mismo de ese orden. «Sólo es valiosa la fidelidad que Él aprueba, la que es compatible con su amor». ⁵⁸ Es esta fe en Dios la que nos permite orientarnos en el universo y organizar un orden práctico de las fidelidades, de tal manera que el deseo humano de fidelidad no se realizaría nunca si no contara con Él.

Si hay un Dios, y con mayor razón una Revelación sobrenatural de ese Dios, solamente los que creen en Él pueden dar a la problemática de la fidelidad toda su amplitud y su solución completa. Lejos de ser una evasión, su estado de alma es el único modo concreto de conseguir

⁵³ *Ibidem*, p. 138.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 137.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 232.

⁵⁶ Cfr. NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., p. 136

⁵⁷ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 136.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 136.

a la vez un descanso y un estímulo en la organización de la fidelidad en la tierra. Esta solución, en efecto, no dispensa de nada, sino que da a todo un sentido que no es perceptible como una cosa, sino como una claridad, no como un punto de fuerza, sino como una fuente de realización.⁵⁹

Toda infidelidad del hombre comienza cuando atribuimos a otros el honor a Él debido. «La fidelidad al señor [príncipe] consiste en no atribuir a otro el honor del principado. Y por tanto [de manera análoga], la ley divina ordena: no tendrás otros dioses»⁶⁰. Así como para vivir bien en sociedad es necesario guardar las debidas relaciones con el presidente de la sociedad y con los demás miembros de ella, también es necesario que la ley divina imponga preceptos que ordenen al hombre a Dios, y otros que lo ordenen con respecto al prójimo. «De este modo, la fe que ama a Dios sostiene la fidelidad bajo todas sus formas armoniosas, es decir, morales, y les permite formar una totalidad».⁶¹

Por ello, la fidelidad no es solamente el cumplimiento de una promesa,⁶² sino el reconocimiento del dominio divino sobre nosotros. Más aún, la fidelidad no sólo es exigida por el dominio de Dios sobre nosotros, sino también por los innumerables dones y beneficios que recibimos constantemente de Dios. En otras palabras, la razón de ser fiel brota del reconocimiento de nuestra radical condición de dependencia y de destinatarios de la gracia divina: «Ahora bien: más que a nadie, debe el hombre fidelidad a Dios, no sólo por razón de su dominio, sino también por los beneficios que de Él ha recibido».⁶³

Entonces, el hombre, abandonándose a Dios, sabe que su fidelidad se apoya en un «ser capaz de resolver nuestras dificultades y de suplir nuestras deficiencias. Basta con actuar según sus mandamientos y su espíritu para que, cómo ciegos guiados de la mano, estemos seguros del camino. El creyente confía a Dios no solo su propio destino, sino también el de los valores y el de los seres a quienes quiere servir».⁶⁴

⁵⁹ *Ibidem*, p. 138.

⁶⁰ S. Th., I-II, q. 100, a. 5, c.

⁶¹ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 138.

⁶² S. Th., II-II, q. 88, a. 3, c.: «(Respondeo dicendum quod) ad fidelitatem hominis pertinet ut solvat id quod promisit, unde secundum Augustinum, fides dicitur ex hoc quod fiunt dicta».

⁶³ S. Th., II-II, q. 88, a. 3, c.: «Maxime autem debet homo deo fidelitatem, tum ratione domini; tum etiam ratione beneficii suscepti. Et ideo maxime obligatur homo ad hoc quod impleat vota deo facta, hoc enim pertinet ad fidelitatem quam homo debet deo, fractio autem voti est quaedam infidelitatis species».

⁶⁴ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 137.

Dios es el sujeto que aparentemente está más separado de mí, porque es el más invisible para mi sensibilidad vital, pero es precisamente Él quien crea todo mi valor absoluto. Ausente por mis ojos de ciego, silencioso por mis oídos de carne, lee y proclama sin tregua en mí grandezas que ignoro y que solo descubriré por Él. La fidelidad que le prometo es la confesión de mi propia insuficiencia y de la eficacia de su gracia.⁶⁵

Hay, por tanto, una relación entre el ser divino y la fidelidad del hombre, porque el hombre es relacional, y todas las relaciones que pueda establecer con el mundo y con los otros-yo, dependen, en definitiva, de la que establece con Dios. Más radicalmente, podemos decir, que el hombre es capaz de ser fiel porque Dios es fiel. «El ejemplar de la virtud humana es necesario que preexista en Dios, como preexisten en Él también las razones de todas las cosas»⁶⁶, o, dicho con palabras de la Escritura: «Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa» (Heb, 10,24)

b) Ninguna fidelidad lo es si no se renueva (fidelidad no es aguantar) y el hombre no puede hacer esta renovación sino es guiado por Dios.

La fidelidad puede degenerar en esclerosis (algo fosilizado y sin vida) o ser barrida por la inconstancia (perdida por nuestros caprichos). Para que esto no ocurra la fidelidad exige la presencia del valor (sentido de lo eterno) y al mismo tiempo el cambio para ir renovando la fidelidad en el tiempo. Solo el espíritu es a la vez firmeza y renovación: reside en él el doble sentido de lo eterno y del cambio. Pero el espíritu es capaz de actuar este doble sentido si es guiado por Dios.

Como consecuencia, «lejos de ser menos exigente, la llamada de las fidelidades terrenas se convierte en sagrada desde ese momento y se impone a nuestra acción con una autoridad reforzada. La dignidad de cada ser se convierte en infinita porque comprendemos que no está abocada a la desaparición, sino que un querer divino las sustrae a las apariencias y les reserva una salvación misteriosa, que va unida a nuestra actitud de fidelidad hacia ellas»⁶⁷.

Correlativamente, la fe en Dios nos asegura que nuestros esfuerzos por ser fieles contarán con la ayuda de Dios. «Dios exige más de nosotros, pero también ofrece más: su ejemplo y su presencia, que está con nosotros y en nosotros. El hombre fiel sabe que, haciendo todo con docilidad, Dios

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 231-232.

⁶⁶ *Summa Theologiae*, I-II, q. 61, a. 5, c.: «Oportet igitur quod exemplar humanae virtutis in Deo praeexistat, sicut et in eo praeexistunt omnium rerum rationes».

⁶⁷ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., pp. 138-139.

proveerá el resto». ⁶⁸ En definitiva, podemos decir que sólo Dios es capaz de sostener la pretensión de nuestras promesas y de expandir la red de nuestras personas de una manera plena. ⁶⁹

Sólo aquel que se apoya en Dios encuentra la suficiente sabiduría eterna para impregnar las cosas del tiempo; para ser fiel a lo que pasa, a lo que es efímero. «En Dios podemos ser fieles a lo que muere, puesto que Dios no muere y todo permanece vivo en él, pero más allá de la materia y del tiempo». ⁷⁰

Sólo este abandono en las tinieblas que implica la fe, es capaz de purificar el intercambio entre el hombre y Dios. «La paradoja de la libertad humana consiste en estar arraigada en Dios y totalmente impregnada de su influjo creador, y, al mismo tiempo, por su misma naturaleza, ser capaz de obrar al margen de Dios y contra Dios. [...] Para medir la realidad de este peligro no hay más que observar en la historia y alrededor nuestro lo que el nombre de Dios puede encerrar en el corazón de los hombres. Pero esto también forma parte del peligro de la fe. Cada nueva incertidumbre debe suscitar en nosotros un nuevo abandono. Nos hace creer por la noche no sólo en Dios en sí sino también en Dios en nosotros». ⁷¹

La fidelidad a Dios mata el egoísmo, no mata el ego. Morir a mi mismo por amor a Dios tiene sentido si para el hombre hay la posibilidad de una comunión eterna, y esta promesa del amor es falsa si el yo va a morir. Es necesario, pues, que la parte y el todo sean iguales ante la inmortalidad. El hombre tiene el derecho de decir al objeto supremo de su amor, yo muero por ti, pero si tú no eres lo suficientemente fuerte o bueno para salvarme, si tú me dejas morir, nuestro amor es el que muere conmigo, puesto que todo amor es un intercambio nuestro amor no sería amor. Todo intercambio supone dos elementos vivos.

«Inmolarse, no es saltar más allá de la vida, sino más allá de mi vida en todo lo que tiene de limitado y cerrado. El sacrificio. El sacrificio supremo sólo puede ser concebido como una ruptura de los límites, una apertura absoluta, no la muerte del yo, sino su transmutación total en amor... » ⁷²

Sólo el Dios de los vivos, es lo suficientemente puro para salvarnos de nosotros mismos, y lo suficientemente fuerte para salvamos de la muerte.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 139.

⁶⁹ Cfr. NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., p. 230.

⁷⁰ THIBON, G., *La crisis moderna...*, o.c., p. 52.

⁷¹ *Ibidem*, p. 56.

⁷² *Ibidem*, p. 58.

El arrepentimiento

Si bien el futuro es incierto, en el pasado ha triunfado ya el reino de la necesidad. El pasado está ahí, es así, y yo no lo puedo cambiar; sólo puede asumirlo. Ahora bien, en esta asunción del pasado en el yo personal se asume de buena gana el pasado glorioso, donde la voluntad fiel ha promocionado al mejor yo de nosotros mismos. Pero el pasado culpable consecuencia de una libertad débil que contradice radicalmente nuestro yo ¿es posible integrarlo todavía en mi proyecto personal? La traición a nuestras promesas es un hecho incontestable. Muchas veces no somos capaces de sostener en el tiempo nuestras promesas. A pesar de esto ¿es posible tener un proyecto personal y ser fiel a él?

Hoy piensan algunos que esto es imposible y que es mejor vivir con nuestros remordimientos asumiéndolos. Sartre los compara a un enjambre de moscas: «hay un camino lento y gradual para llegar a ser un vicioso y un canalla bajo todas sus formas. Al final de esta vía, quien la sigue ha sido completamente abandonado por el enjambre de moscas de la mala conciencia y, aunque de una inmoralidad perfecta, conserva su inocencia»⁷³.

En este mal consejo sólo hay una idea cierta: que el camino del vicio es lento y gradual (degradación del hijo pródigo). La libertad para el mal no es más que una fase en un proceso muy largo, que acabara en la deshumanización o en la vuelta al compromiso. Ser más autónomos es ser más fieles, no lo contrario. La acción buena nos aporta mucho más que la acción mala.

Pero como de hecho hacemos acciones malas hay que afirmar que sólo podemos ser fieles a un proyecto personal mediante el arrepentimiento. Por el remordimiento nos damos cuenta de nuestra culpa: yo no soy un desequilibrado por un error u opinión, o por una ofensa contra una pura formalidad, sino por el abandono de un compromiso serio, por «una desobediencia cuyas consecuencias hacen zozobrar todo [mi] horizonte interior».⁷⁴

Por tanto, «asumir plenamente la presencia del propio pecado es convertirse».⁷⁵ El arrepentimiento es asumir el hecho de su traición (el hijo pródigo “entra en sí”, “recapacita”). Uno se da cuenta que la ruptura no paga (acabó cuidando cerdos), sino que rompe en nosotros algo muy profundo (...en la casa de “mi Padre” ...). Al principio la falta puede pasar inadvertida, pero con el tiempo se hace intolerable. En los primeros tiempos la conciencia infiel siente que se ha liberado de unas cadenas pe-

⁷³ SARTRE, J. P., *Le voyageur et son ombre, opinions et sentences mêlées*, París 1902, p. 56.

⁷⁴ NÉDONCELLE M., *La fidelidad*, p. 207.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 211.

sadas, que puede dominar la situación, incluso expresarla en una alegría escandalosa, sobre todo si no se había tomado en serio los compromisos asumidos o si los nuevos bienes asumidos compensan aparentemente los males de los que se ha desembarazado (los trabajos rutinarios y costosos en la casa de su padre). Un mal cambio de agujas ofrece una libertad ilimitada, sin reglas, pero se acaba descarrilando. Las faltas no se corrigen ignorándolas o cambiándoles el nombre, sino «con paciencia y volviendo a adquirir penosamente una inocencia».⁷⁶ Recapacitar, reconocer, admitir el error, supone aceptar el verdadero orden de las cosas. Si ahora estoy mal es porque hay una forma de estar bien que yo he traicionado. Así la «experiencia de infidelidad al ser o al valor no puede terminarse más que por un homenaje a la virtud».⁷⁷

De esta manera, nos damos cuenta de que nuestro proyecto vital es una mezcla de iniciativa creadora que diseña el futuro⁷⁸ y el arrepentimiento que redime el pasado y nos devuelve a deseo de ser fieles. La ambición de la fidelidad es recuperar las tradiciones cometidas dentro o sufridas fuera. De las traiciones cometidas dentro me arrepiento, las sufridas fuera las perdono. Sólo así, reformando el pasado, lo puedo integrar de nuevo en mi proyecto y seguir siendo fiel.⁷⁹

Pero, ¿podemos hacer esto nosotros mismos? ¿Podemos regenerar el pasado, vivificarlo de nuevo? Nuestra experiencia nos dice que no. Sí podemos vivificar alguna vez el pasado, pero llega un momento en que ya no. Todos hemos escuchado expresiones como estas: “no, ya no te creo”, “no puedo más”, “no sé ya cómo hacer para seguir adelante”, etc. Es decir, llega un momento en el que el esfuerzo por “olvidar” el pasado, de negarlo con todas nuestras fuerzas no nos regenera interiormente: «Nosotros estamos perdidos si no existe un Dios que apacigüe y perdone porque puede vivificar de nuevo interiormente el centro de nuestros seres. (...) Sólo un Ser que tiene otros medios distintos a los nuestros porque Él es creador de nuestros seres, puede darnos el Paraíso; sólo Él puede restituirnos sin quitarnos nuestra identidad personal».⁸⁰

Si no es un redentor divino «quien me perdona activamente de mis infidelidades y las corrige por su providencia final, (...) estoy moralmente condenado. Si pretendo pasar por alto el perdón de un Dios trascendente y permanecer optimista, confiando en la omnipotencia de mi arrepenti-

⁷⁶ *Ibidem*, p. 213.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 212.

⁷⁸ El fiel pone a Dios en el centro de su corazón, el pecador hace lo mismo cuando busca su autosuficiencia. Pretende sustituir la divinidad pero la imita: sigue habiendo un dios en el centro de su corazón. Sólo el que se da cuenta de esto puede convertirse.

⁷⁹ Cfr. NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, o.c., pp. 232-233.

⁸⁰ NÉDONCELLE, M., *La fidelidad*, p. 224-225.

miento, debo realizar una redención cósmica: me obligo a tener la eficacia de un Hombre-Dios. Esta es una pretensión loca, a la vez inevitable e irrealizable. Pero me da luz sobre un último aspecto de mi exigencia: yo vuelvo a encontrar una trascendencia divina en la necesidad moral de un mediador que sea más yo-mismo que yo. Esta es la significación última del arrepentimiento humano y del perdón de Dios». ⁸¹

El Dios cristiano aparece así, en palabras de Ratzinger, «no como el rival de nuestra vida, sino el garante de nuestra grandeza». ⁸²

⁸¹ *Ibidem*, p. 226.

⁸² RATZINGER, J., "La nueva evangelización" (1. XII. 2000), en *L'Osservatore Romano*, 19. I. 2001, p. 8.